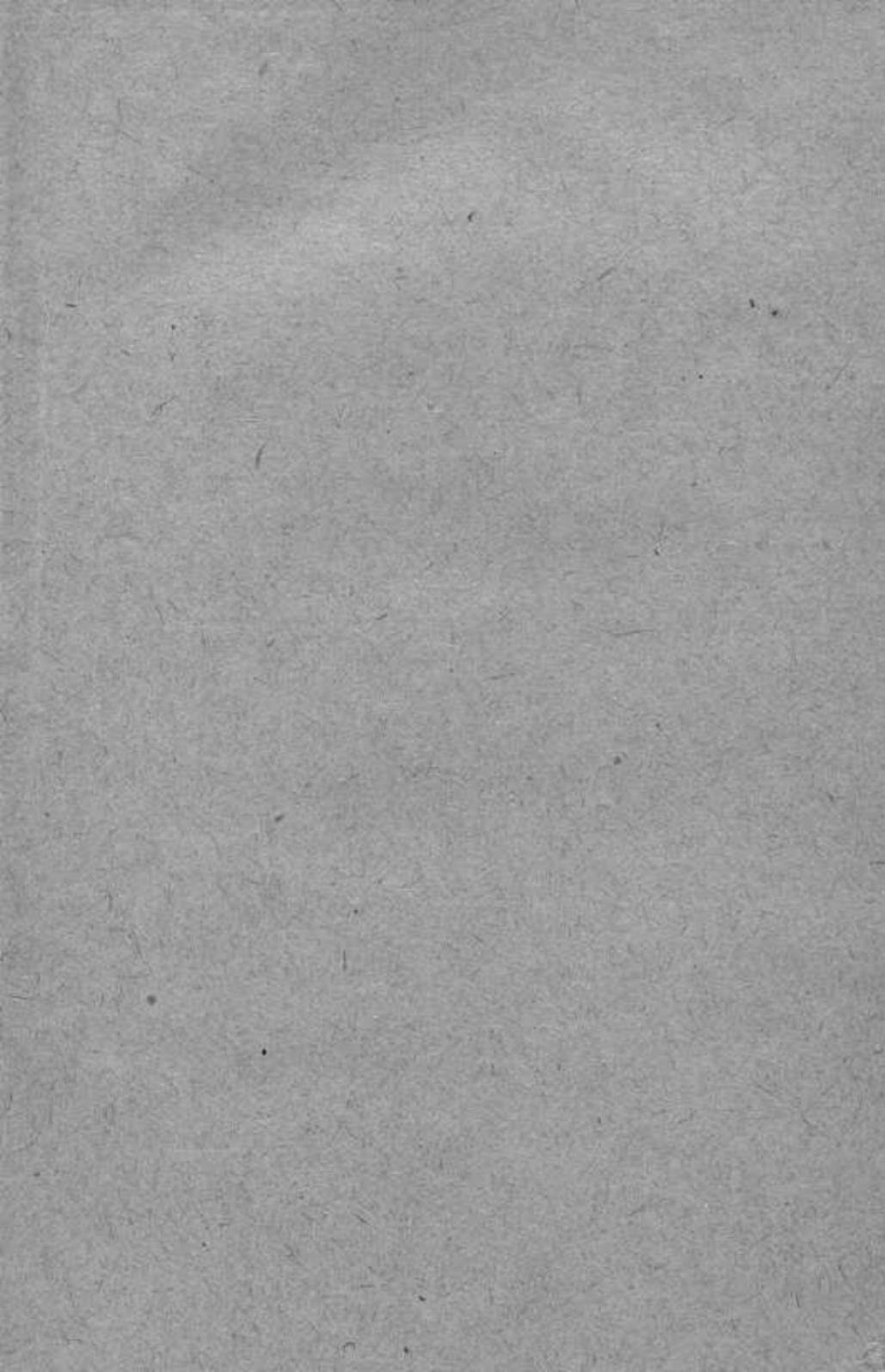


13.











BIBLIOTECA SOL Y SOMBRA

VOLUMEN XI

DOMINGO DEL CAMPO

(DOMINGUÍN)

50 CÉNTS.



INÉS CARRIÓN, editor.

VERÓNICA, 13 Y 15.—MADRID.



DOMINGO DEL CAMPO (DOMINGUÍN)



BIBLIOTECA SOL Y SOMBRA

VOLUMEN XI

Domingo del Campo

(DOMINGUÍN)



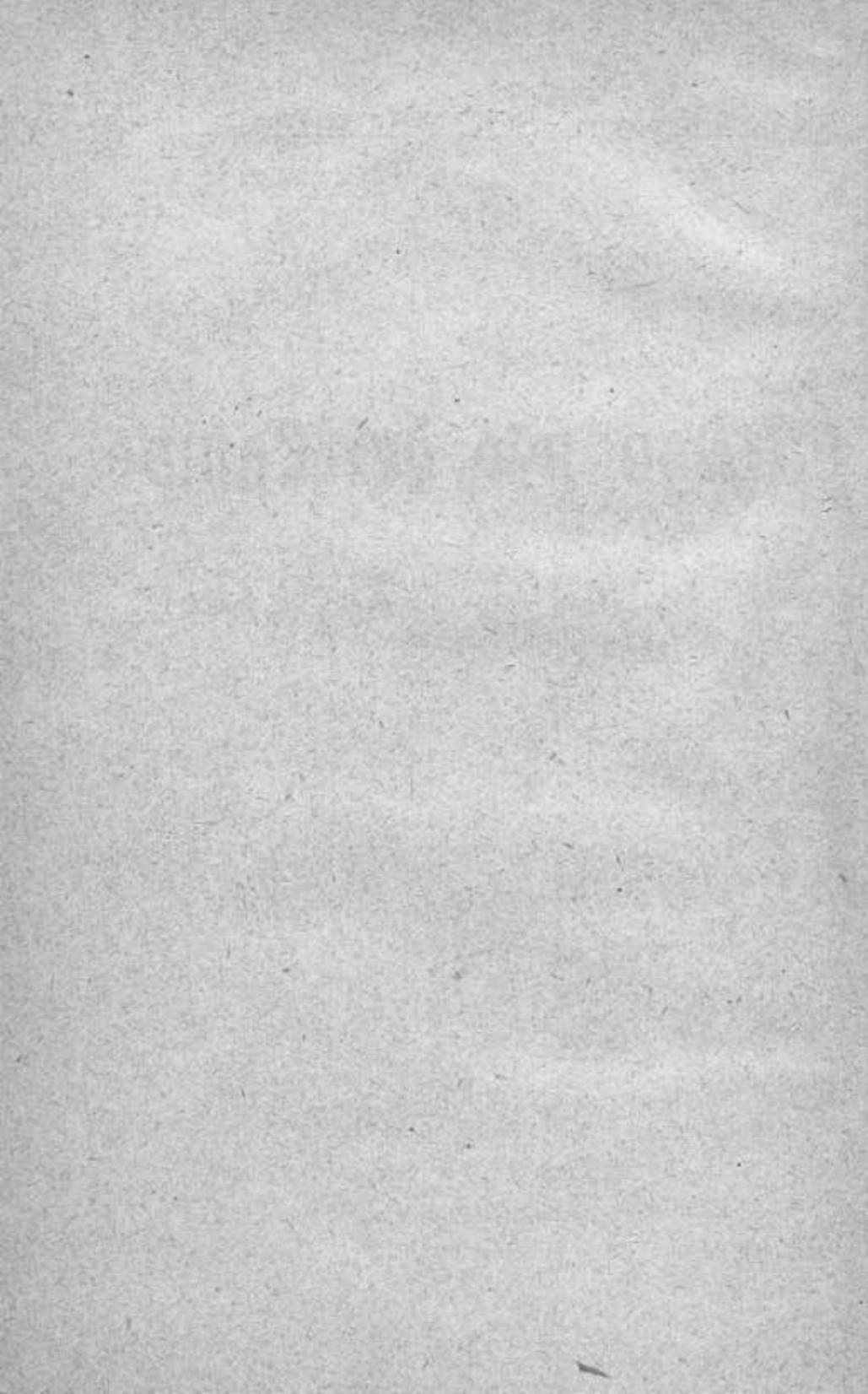
MADRID

GINÉS CARRIÓN, EDITOR

Calle de la Verónica, 13 y 15.

1907





I

Los toreros madrileños.

Si grande es el entusiasmo que sienten los aficionados andaluces por los toreros nacidos en aquella tierra privilegiada, no es menor el que inspiran á sus paisanos los hijos de Madrid que al arte de *Paquiro* se dedican.

Si orgullosas pueden estar Ronda, Chiclana, Sevilla, Córdoba y Granada, con haber sido cunas de los Romero, Montes, *Cúchares*, *Lagartijo*, *Frascuello* y tanto diestro famoso, también la Villa y Corte se ufana justamente con los nombres de Cayetano Sanz, Pablo Herráiz, *Armilla*, Angel López, *Regaterín*, *Regaterillo*, Mota y otros lidiado-

res excelentes, dignos de alabanza, que vieron la luz á orillas del Manzanares.

Si no en cantidad, en calidad al menos, Madrid compite decorosamente en ese punto con las citadas poblaciones andaluzas.

Pero, á pesar de lo dicho, los aficionados madrileños no han logrado tener un torero completo.

Cayetano, en sus tiempos de auge, fué una hermosa esperanza que no llegó á cristalizar.

Como lidiador no tuvo quien le aventajase; él enseñó á muchos, que después ocuparon puesto eminente en los anales de la tauromaquia: sus aptitudes de matador dejaron bastante que desear, resultando deficientes en grado sumo.

Los demás, citados á título de notabilidades, no pasaron de ser excelentes peones y banderilleros meritísimos, cuya superioridad, por todos los públicos reconocida y aclamada, rodea sus nombres de bien ganada aureola de celebridad.

Más adelante expondremos las causas que, á nuestro juicio, deben de ser consideradas como generadoras de tal efecto.

Aquí nos concretamos á apuntar el hecho, sin comentarlo, ni analizar sus fundamentos.

De algunos años á la fecha se advierte un fenómeno de transformación, acerca del cual queremos que fijen su atención nuestros lectores.

A la brillante pléyade de diestros capeadores y rehileteros anteriormente mencionada, ha sucedido otra en la que destacan, con vigorosa entonación, algunos valientes estoqueadores.

Estos han procurado suplir con el arrojo la carencia de recursos artísticos; pero sus faenas, por lo general, no logran satisfacer los justos anhelos de la afición madrileña, que todavía no ha encontrado *su* torero.

Somos los primeros en reconocer las buenas cualidades de los matadores hijos de Madrid que, de presente, osten-

tan con justo encomio el título de tales; pero también hemos de convenir en que les falta mucho para merecer la calificación de toreros completos.

De ahí la gran diferencia que se advierte entre los toreros andaluces y los nacidos en la capital de España.

El estilo de aquéllos resulta más alegre, más artístico, más adornado, uniendo en grato consorcio el valor, la inteligencia y la gracia; el de los madrileños, generalmente hablando, aparece sobrio, seco, desprovisto de visualidad y, por lo mismo, poco animado: carece de *salsa* que le haga sabroso á los paladares delicados.

Entre el toreo andaluz y el madrileño, existe la misma diferencia que observamos entre un banquete servido por Lardhy y otro preparado en un *restaurant* económico.

Perdonen ustedes lo extravagante del símil en gracia á la exactitud.

Los manjares presentados por el establecimiento de la Carrera de San Jeró

nimo quizás no sean tan numerosos, abundantes, *sólidos* y nutritivos, como los que ofrezca el modesto comedor de á cinco pesetas cubierto; pero seguramente estarán mejor y más exquisitamente condimentados, y nos los servirán con tal adorno y artística disposición que exciten nuestro apetito y deleiten al hombre menos glotón y de gusto más refinado en materias gastronómicas.

Precisamente por eso, por la *salsa* que tenía, logró Cayetano Sanz la admiración y el aplauso de todos los buenos aficionados, que ante sus maravillosas faenas de capa y muleta, perdonaban de buen grado sus deficiencias de matador.

Como toda persona de buen gusto preferirá siempre comer en casa de Lardhy á deglutir la bazofia de cualquier *restaurant* barato.

Dicho lo que antecede, hemos de hacer constar que juzgamos sin apasionamiento de ningún género y emitimos nuestra opinión con entera sinceridad.

La circunstancia de no ser andaluces ni madrileños, nos permite alardear de imparciales en este punto.

Colocados en terreno neutral, no pretendemos hacer que la balanza se incline de un lado más que de otro, según nuestras aficiones.

Los hechos, con su lógica irrefragable y abrumadora, confirman tales aseveraciones.

También el Sr. Sánchez de Neira, al escribir la biografía de Cayetano, hizo referencia al deseo que siempre han sentido los aficionados madrileños de ver descollar un torero, paisano suyo, por méritos propios indiscutibles.

Hé aquí cómo se expresaba el inteligente crítico y concienzudo escritor taurino:

«Los aficionados de Madrid, en todas épocas, han tenido gran empeño, como dice muy bien el notable escritor señor Velázquez, en conseguir que un paisano suyo descollase, sobresaliese entre los matadores de toros; porque, á la

verdad, ninguno de los que habían seguido esta profesión podía aspirar á un primer puesto en el arte, por más que demostrasen valor y conocimientos.

»Ingenuamente reconocían que los más célebres espadas nacieron en Andalucía; y sentían decir que Madrid, que siempre ha dado tan buenos ó mejores banderilleros que los de toda España, no había logrado esa ventaja en cuanto á matadores» (1).

Después de Cayetano, quizás fuera *Dominguín* el llamado á satisfacer, en parte al menos, las legítimas aspiraciones de la afición madrileña, si la desgracia no segara en flor aquellas esperanzas.

Verdad es que tampoco los toreros madrileños tuvieron nunca la facilidad para aprender que gozan los andaluces, sobre todo los sevillanos.

No abundan en los terrenos próximos

(1) Sánchez de Neira: *Gran Diccionario taurómico*, pág. 731.

á la antigua Mantua Carpetana, como en los de la Vieja Bética, las dehesas de ganado bravo.

Allí puede asegurarse, sin exageración, que los muchachos, desde que nacen, empiezan á ver toros y á familiarizarse con ellos y aun con el peligro que su trato supone.

Así es que, desde pequeños, encuentran un estímulo permanente á su afición, y si ésta consigue arraigar en ellos, que es lo más frecuente, pronto hallan medios para llevar sus afanes á la práctica y en edad muy temprana todavía pueden ver realizadas sus ilusiones.

En Madrid es muy diferente.

Aquí no existe esa relación inmediata y constante entre el aficionado y las reses bravas.

El aprendizaje de los toreros madrileños está erizado de obstáculos, que le hacen más penoso y más duro que el de los andaluces.

Además, el ganado de la tierra es más difícil de lidiar y requiere condicio-

nes y facultades especiales en quien á torearlo se dedique; y esas circunstancias no es probable que las reunan muchachos ignorantes, que solo fiados en su valor y buena voluntad, se lanzan al peligro sin medir sus proporciones.

Solo capeando vacas y moruchos mansurroneos y placeados por los pueblos de alrededor, consiguen adiestrarse algunos y llegar arriba.

Amargo es siempre y para todos el calvario que deben recorrer antes de lograr que sus aspiraciones se realicen; pero para el torero madrileño resulta doloroso en grado superlativo.

Para ellos es el caminar leguas y leguas, sin dinero y sin amparo, con el hatillo del capote al hombro, á pié, sufriendo las inclemencias del tiempo, en pleno estío casi siempre, fatigados, hambrientos y maltrechos, en busca de una ocasión que les permita desarrollar sus aficiones taurinas, toreando reses de procedencia desconocida, grandes, cornalonas, mansas y marrajas por añadi-

dura, en la mayoría de los casos, seguros de llevar más de un revolcón, cuando no sea cosa más grave, á cambio de mezquina retribución, que apenas baste á resarcirles de las penalidades de la caminata.

Quizás nuestra opinión carezca de fundamento en la realidad; pero firmemente creemos que esas dificultades apuntadas contribuyan en gran parte á la escasez de toreros madrileños, y sobre todo, de toreros finos, elegantes, artísticos é inteligentes.

Sorteando moruchos no pueden hacerse filigranas, y menos mal, si logran los diestros acostumbrarse á matarlos pronto y bien, gracias al valor que les acompaña.

En cambio, al individuo á quien desde su niñez le ofrecen, para jugar con ellos, becerros de casta, bravucones y manejables, como suelen ser los que pastan por terrenos andaluces, le es fácil aprender todo género de suertes y aderezarlas con esa *salsa* especial y exquisita,

que tan de menos echamos en los hijos de Madrid.

Esa razón hace más meritoria la penosa labor de éstos, y justifica sobradamente el entusiasmo con que los aficionados madrileños acogen al paisano que logra sobresalir un poco del núcleo de sus compañeros.

De ahí la popularidad que en muy corto espacio de tiempo conquistara *Dominguín*, cuyos arrestos y habilidad llamaron pronto la atención de los inteligentes, que veían en él una hermosa promesa de brillante porvenir.

Los madrileños estaban de enhorabuena.

No tardarían en tener su matador.

Domingo empezó toreando muy aceptablemente, y al matar demostraba un valor, una decisión y un acierto nada comunes.

De continuar progresando en el camino emprendido, quizás viéramos en él un torero completo.

En 1893, á los veinte años de edad

(1), hizo su primera presentación en la plaza de Madrid, después de penoso aprendizaje por capeas y novilladas de poca importancia.

«... sin llamar grandemente la atención, se vió en él abundante valor y excesivas demostraciones de voluntad para complacer al público; hoy se le ve adelantar palmo á palmo; no capea mal, aunque no tan bien que nos satisfaga; clava buenos pares de banderillas con serenidad y arte, trastea regularmente nada más, y mata hiriendo bien y por derecho casi siempre ...» (2).

(1) Domingo del Campo, hijo de Angel y Sebastiana, nació en Madrid, el 12 de Junio de 1873.

(2) Sánchez de Neira: *Gran Diccionario taurómico*, pág. 163.



II

«Dominguín», novillero.

A pesar de las buenas impresiones reflejadas en el párrafo transcrito al final del capítulo anterior, la presentación de Domingo en la plaza de Madrid no fué, ni mucho menos, tan brillante como de aquél parece desprenderse.

El Sr. Sánchez de Neira debió escribir tales impresiones únicamente por referencias, y éstas no todo lo exactas que debieran; nosotros, testigos presenciales de lo que más bien resultó un fracaso para el novel diestro madrileño, hemos de rectificar la opinión del difunto D. José, cuya autoridad en materia

taurina todos acatamos y reconocemos, no obstante esas y otras pequeñas deficiencias advertidas en su *Gran Diccionario taurómico*, obra magna y rico arsenal de datos histórico críticos de indiscutible valor.

Durante el invierno de 1893—17 de Diciembre—se efectuó en la plaza de Madrid una corrida *del tiempo*, con cuatro novillos y los diestros *Salamanquino*, *Cerrajillas*, *Dominguín* y *León*.

Nuestro biografiado, que vestía terno café y oro, estuvo encargado de matar el tercer bicho, procedente de la ganadería del Conde de la Patilla, y al que conocían en la vacada con el nombre de *Bilbaíno*.

Fuese Domingo al toro, y después de doce pases de todas las marcas habidas y por haber, amenizados con dos desarmes, entró á paso de banderillas para dejar el estoque atravesado.

Siguió con dos pases más, *subrayados* por un pinchazo con pérdida de la manta y *tomadura de olivo*.

Sin andarse en requilorios de muleta, pinchó otra vez y se dejó la capa en el perchero.

Le dieron después el primer aviso.

Continuó la faena desacertada y laboriosa, el tiempo corría, el diestro volvió á ser desarmado, el presidente le envió el segundo aviso, y al fin Domingo ahondó el estoque con la montera, dando fin de su adversario.

Esa fué la verdad de lo ocurrido al madrileño la tarde de su *debut*.

Imparcialmente relatamos lo que vimos, y justo, aunque amargo, es confesar que la cosa no pudo resultar más deplorable.

Ciertamente los aficionados no debieron quedar muy bien impresionados con labor semejante.

Allí no se vió al torero, siquiera mañoso, ni aun valiente.

El toro no era una rosa, pero tampoco justificó, por sus condiciones, la desconfianza con que el diestro lo pasó de muleta.

Resultaba, sin embargo, prematuro, cuando menos, juzgar las cualidades de un diestro á quien por primera vez se veía torear, y esperábase nueva ocasión de presenciar su trabajo para emitir opinión definitiva.

Mientras tanto, el madrileño recorría algunas plazas de poco fuste, toreando lo que le echaban y creándose atmósfera entre los escasos, pero decididos, partidarios que desde luego mostraron empeño en hacer de *Dominguín* el ídolo de sus paisanos.

Por su parte el muchacho no perdía tiempo, y poco á poco iba progresando hasta lograr, en fuerza de trabajo y de constancia, si no sobresalir—porque eso no pudo conseguirlo—ocupar un puesto entre los novilleros aventajados que á la sazón bullían por las plazas.

Bien quisiéramos al trazar estas líneas tener sólo motivos de elogio para el infortunado joven objeto de ellas; pero, como repetidas veces hemos hecho notar en diferentes volúmenes de

esta Biblioteca, nos debemos en absoluto á la verdad, y aunque dolorosa resulte á veces nuestra misión, si ha de ser sincera, por nada ni por nadie dejaremos de decir claramente lo que pensemos, y nuestras opiniones, buenas ó malas, acertadas ó erróneas, irán expuestas siempre con ingenua franqueza y limpias de prejuicios ó apasionamientos que las desvirtúen.

Por otra parte, los hechos no pueden nunca ser desmentidos, y nosotros en hechos fundamentamos siempre nuestras afirmaciones.

Y ellos demostraron, con evidencia, que *Dominguín*, durante el período que pudiéramos llamar de aprendizaje como novillero, rara vez logró rebasar la línea de lo vulgar como torero, siquiera como matador reconozcamos que poseía un valor grande y una habilidad muy escasa.

Por eso menudearon para él los percances desgraciados, no graves afortunadamente, y por eso hubimos de la-

mentar al fin la triste jornada del 7 de Octubre de 1900, en que el toro *Desertor*, de Miura, le ocasionó la muerte.

Al trazar la biografía del *Espartero* y analizar las causas que produjeron el desastre que costó la vida al arrojado torero sevillano, hicimos esta observación, hija de la experiencia:

«Se ha dicho muchas veces, con diferentes motivos, que los amigos interesados, los oficiosos aduladores y los inconscientes panegiristas de los toreros, son sus más terribles enemigos; eso es verdad incuestionable.

»Ellos, por satisfacción de la propia vanidad, engríen á *su* diestro favorito, lo ensalzan, lo imponen y le obligan á colocarse en un puesto que exige, para ser ocupado dignamente, vastos conocimientos del toreo y mucha práctica en sus arriesgados ejercicios, además de un valor sereno y reflexivo, que no debemos confundir con la temeridad de que alardean esos toreros incipientes

que sólo en ella cifran el éxito de su trabajo.

»Ellos son los que alientan con sus ciegos entusiasmos á esos infelices *toreros emocionantes*, sin recursos artísticos, que se dedican á matar toros fiados en su temeridad y en el favor de la Providencia, amparo de jóvenes que, ignorando cuanto concierne al arte de *Pacquiro*, se lanzan por esas plazas á lidiar reses bravas sin más ayudas que las del valor y la casualidad...» (1).

Algo semejante ocurrió á *Dominguín*.

Sus amigos y aduladores más ó menos interesados, hicieronle creer que fácilmente pudiera eclipsar bien cimentados prestigios pretéritos y presentes; engriéronle de tal modo con sus desmesurados elogios y ditirámicas aclamaciones, queriendo á la vez presen-

(1) *Manuel García*, «*el Espartero*»: volumen 1 de la BIBLIOTECA «SOL Y SOMBRA», pág. 23.

tárnoslo rodeado de tan excelsas cualidades como torero de aptitud excepcional, que le llevaron al precipicio mediante continuas y mal aconsejadas excitaciones al valor y al amor propio, muy susceptible en nuestro biografiado, que hubieron de determinar la tragedia de Barcelona.

Puesta en el fiel la balanza, afirmamos, sin temor á equivocaciones, que *Dominguín* no fué una nulidad, pero estaba muy lejos de llegar á eminencia: tal vez ahora, sin la catástrofe que le causó la muerte, viviría casi oscurecido y olvidado.

En el toreo—y perdonen los lectores esta digresión que nos sale al paso—puede asegurarse que hay dos géneros de fama.

Una legítima, verdadera, justa, y otra meramente ficticia y artificial.

La primera, creada por el público inteligente, sensato, desapasionado y ayuno de prejuicios.

La segunda, elaborada, más ó menos

diestramente, por los amigos, los asalariados, los inconscientes que forman esa masa, de funesta pesadumbre, capaz para convertir la noche en día y viceversa, merced á manejos tan sutiles como desacreditados é infructuosos.

En eso del enaltecimiento de algunos toreros, suele ocurrir algo parecido al estreno de ciertas obras dramáticas.

Los amigos del autor, siempre numerosos y decididos á todo, perfectamente de acuerdo con los inevitables *claqueurs*—aplaudidores—de profesión, *hacen el éxito* de la obra estrenada, la primera noche; pero el público imparcial y desinteresado, ajeno en absoluto á esas triquiñuelas de bastidores adentro, si la obra no le agrada, aun suponiendo que no la proteste en el estreno, deja de concurrir á ella y el empresario y el autor sienten muy pronto repercutir en sus respectivas cajas el mal efecto causado en el *respectable* por la *extraordinariamente aplaudida*, que apenas puede resistir ocho días en el cartel,

Casi lo mismo sucede con los toreros *impuestos*.

Por mucho que trabajen y se desgañen amigos y *jaleadores*, como no logren los interesados satisfacer al público que paga y juzga en conciencia lo que ve, inútiles serán los *bombos* que prodiguen aquéllos en su loor.

¡Cuántos diestros pudiéramos citar que, encumbrados repentinamente á inmensurable altura, fueron *flor de un día*, y con la misma facilidad y rapidez alcanzadas en la subida, viéronse luego arrinconados en el montón anónimo donde permanecen oscurecidos y amargados por el recuerdo de efímeros triunfos que hicieron más doloroso el efecto de la derrota!...

Desgraciadamente los astros, ó aspirantes á tales que peinan coleta, no aprenden nada, ni hacen cosa mayor para enmendar sus yerros.

Hoy como ayer y mañana como hoy, siguen y seguirán aferrados á la opinión de amigos y aduladores, creyéndose

dueños del campo, porque ellos se lo dicen, y mirando como irreconciliables adversarios—engendros del odio y la envidia— á cuantos se tomen la molestia de señalar defectos á su trabajo, aconsejándoles lealmente lo que deben hacer para corregir aquéllos, y marcándoles el derrotero que han de seguir si pretenden un día ser considerados dignos sucesores de los *Cúchares* y *Lagartijo*.

Antes de presentarse en Madrid, Domingo había matado por primera vez en Moralzarzal, pueblo poco importante de la provincia, el 8 de Octubre de 1893; entre esa fecha y la del 17 de Diciembre del mismo año, pocas ocasiones tuvo *Dominguín* de perfeccionarse, y menos aún de revelar sus aptitudes para el toreo.

Con varia fortuna continuó lidiando reses en diferentes plazas españolas, hasta que en 1898, alentado por los aplausos de sus panegiristas, creyendo-

se ya con méritos suficientes para ello, decidió tomar la alternativa.

No es ocasión para juzgar si aquel acto resultaba ó no prematuro, pues en el momento de realizarse pasó á la categoría de lo inevitable y hoy, muerto por desgracia el interesado, pueril empeño sería el de pretender entablar discusión sobre cosa que no tiene remedio.

Pero sí nos toca notar que aquella decisión del joven espada fué motivo de muchas controversias entre los aficionados; pues mientras unos—los menos—consideraban á *Dominguín* suficientemente apto para ascender á la gerarquía de matador de toros, otros—la mayoría—negábanle aún méritos que bastasen á justificar la codiciada alternativa.

Rara vez ocurre semejante caso, sin que dé ocasión á las mismas discusiones.

Al llegar á ese punto es cuando se ponen de manifiesto las simpatías con que cuenta un diestro.

Mientras á los amigos y admiradores

se les hace el tiempo desmedidamente largo para ver á su ídolo en la cumbre, á los adversarios les parece demasiado corto, pues nunca encuentran en sazón al diestro que no merece en absoluto sus preferentes atenciones.

Por otra parte, como siempre los ecos apasionados de la amistad, sobre todo si halagan al amor propio, resuenan más gratos en nuestros oídos que los de una sincera y justa reflexión, cuando ésta contraría nuestra aspiraciones, los diestros, blanco de aquellos debates, déjense llevar de sus naturales anhelos de fama y gloria y, sin medir las propias fuerzas, sin parar mientes en las consecuencias que tal resolución pueda tener influyendo decisivamente en su porvenir, se lanzan á la aventura para satisfacer apremiantes requerimientos de la impaciencia.

Y por eso vemos que muchos diestros, al tomar la *suprema investidura*, paran en el más desesperante de los aislamientos ansiosos de laureles y contratas, que

nunca llegan, sintiendo la nostalgia del bien perdido en un momento de mal aconsejada vanidad.

Conocida es ya nuestra opinión sobre el asunto, expuesta con sincera claridad en otra ocasión (I), y no hemos de repetir lo dicho entonces.

El hecho de tomar un espada la alternativa, no da ni quita valor á las cualidades que aquél posea.

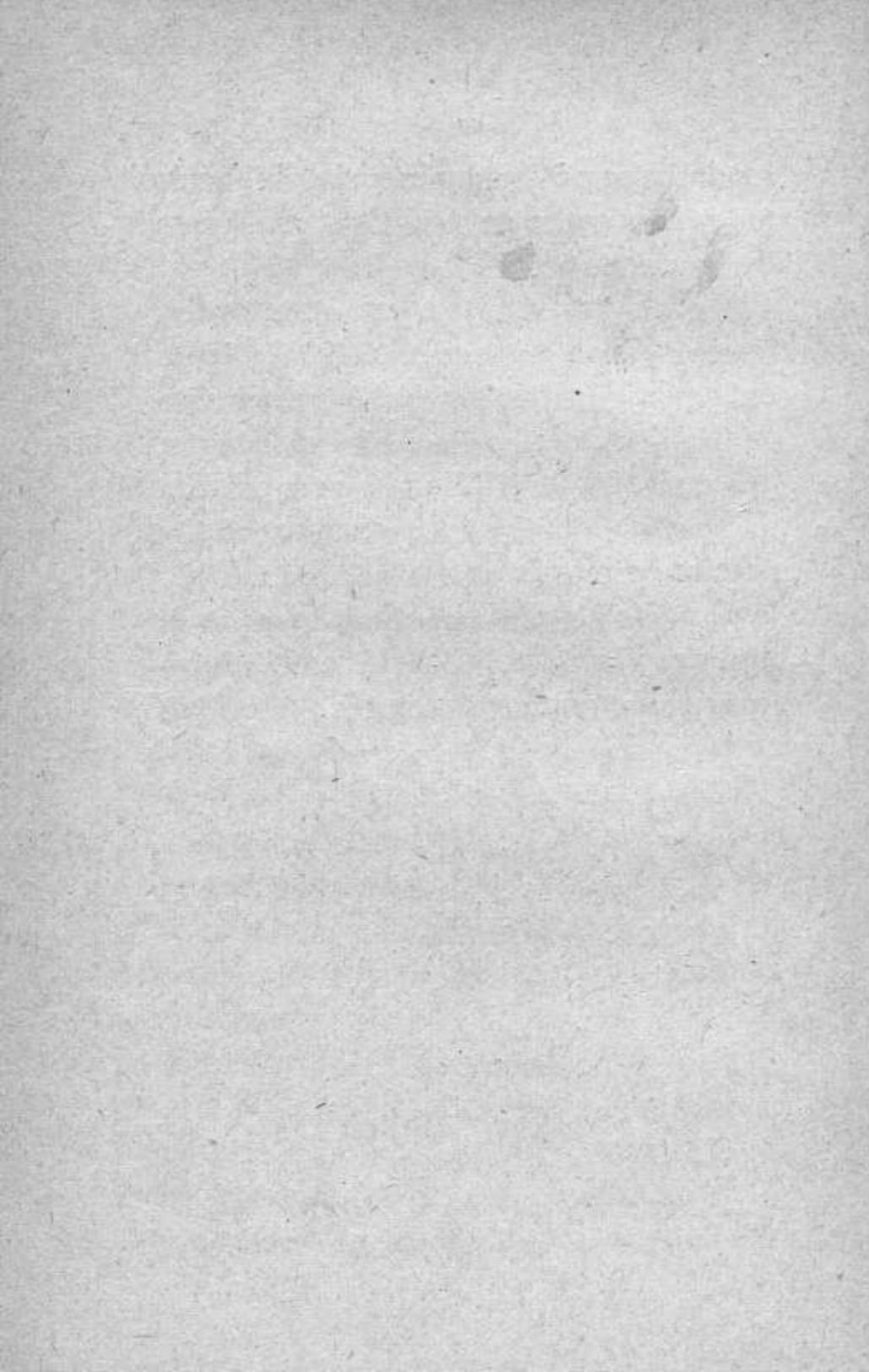
Si se halla revestido de inteligencia, valor, destreza y las demás necesarias aptitudes para merecer que se le considere como un buen lidiador de reses bravas, tenga seguro que la afición imparcial y sensata lo elevará al puesto que por sus méritos le corresponda; pero si es una nulidad, si desconoce los principios más rudimentarios del arte, si no se distingue por su valentía ni por su habilidad, quedará preterido y relegado á la triste situación de quien pre-

(I) *Antonio Reverte Jiménez*: volumen III de esta Biblioteca, págs. 24 á 29.

tende trepar á una eminencia sin facultades para soportar las fatigas y peligros de la ascensión.

Mucho pudiéramos extendernos en hacer reflexiones pertinentes al objeto de esta digresión, pero ni el momento es propicio, ni el espacio lo consiente; así, pues, no escribiremos una palabra más acerca de tema tan manoseado y continuaremos nuestro interrumpido relato, haciendo en el capítulo que sigue un ligero estudio de lo que fué *Dominguín* como matador de toros.





III

«Dominguín», matador de toros.

El 28 de Octubre de 1898, se efectuaba en la plaza de Madrid una corrida extraordinaria en beneficio del Hospital provincial.

En ella estoquearon ocho toros de Ibarra los matadores Rafael Bejarano, *Torerito*; Antonio Moreno, *Lagartijillo*; Emilio Torres, *Bombita*, y Domingo del Campo, *Dominguín* (1).

(1) En el cartel á que nos venimos refiriendo, á continuación del nombre del espada madrileño se estampó esta nota: *que alternará por primera vez en esta Plaza como matador de toros*, fórmula que suele emplearse cuando se trata de una *confirmación* de alternativa y

Además, el exganadero, inteligente aficionado y brillante escritor taurino, D. Antonio Fernández de Heredia, habíase comprometido, en unión de D. Rafael Rodil, á rejonear dos toros, suerte que hubo de ejecutar solo el popular *Hache*, por ausencia de su compañero.

El inolvidable *Sentimientos*, encargado por entonces de la crónica taurina en *Sol y Sombra*, juzgó así el trabajo de Domingo en aquella tarde solemne para el diestro:

«*Dominguín*, que también bregó como las personas mayores, oyó palmas también en algunos quites.

»Un pinchazo sin soltar y una buena estocada á volapié, entrando con valen-

no de una primera concesión de aquélla, pues en este caso es costumbre anunciar: *que tomará la alternativa*.

Hemos procurado resolver la duda y de nuestras consultas, informes y recuerdos, obtuvimos la convicción de que, efectivamente, *Dominguín* tomó la *alternativa* en la fecha y corrida que indicamos.

tía, aunque saliendo sin el trapo y no muy limpio, empleó en la muerte de su primer toro, después de pasarle en corto, sufriendo algunos acosones, por exceso de confianza tal vez.

»Palmas sintió el chico; pero en la muerte de su segundo, último de la corrida, y que nada tenía de particular, demostró *Dominguín* que le faltan varios cursos académicos para ser matador de toros de verdad.

»Lo mismo les ocurre á otros muchos, y esto es un consuelo.

»Tiene el debutante condiciones para llegar, y el mal efecto que le produjeron los avisos de la presidencia en la muerte de su segundo toro, demuestran su vergüenza torera.

»Esto quiere decir que se puede esperar algo bueno de *Dominguín*» (1).

¶ De la opinión, siempre autorizada,

(1) *Sentimientos*: Juicio crítico publicado en el núm. 61, año II, del semanario *Sol y Sombra*.

como suya, emitida por el popular escritor ya difunto, por desgracia para la afición y la literatura española, se deduce que, si no resultó brillante en extremo el trabajo de nuestro biografiado la tarde de su alternativa, produjo buena impresión en el público.

Las esperanzas de *Sentimientos* se realizaron en parte al andar del tiempo, si bien la nota saliente en el toreo de *Dominguín* fué únicamente la del valor.

Esa cualidad, tan necesaria y apreciable en el torero, no pudo nunca negársele al madrileño, en quien la valentía y el pundonor corrieron parejas siempre.

A pesar de eso y de la excelente acogida que le dispensó el público la tarde de su *doctorado*, no figuró en el cartel de abono en Madrid para la temporada de 1899, y solo tuvimos ocasión de verle torear el 23 de Abril de dicho año, sustituyendo á *Guerrita*.

Esa fué quizás la tarde más brillante

que tuvo nuestro biografiado durante su brevísima carrera de torero.

Toreó el madrileño con la cuadrilla del famoso maestro cordobés en unión de *Torerito* y *Parrao*.

Los toros eran de D. Anastasio Martín.

«*Dominguín* fué el héroe de la fiesta: es decir, el héroe de la fiesta, por quien se echó fuera la corrida, fué Juan Molina.

»Así varias veces le recordaban:

—«Juan, parece que estamos en la corrida de los Palhas (1).

(1) Corrida famosa en los anales taurinos contemporáneos, que se efectuó en la plaza de Madrid el 28 de Abril de 1889.

En ella se lidiaron seis toros del ganadero portugués D. José Pereira de Palha Branco, que por primera vez enviaba reses de su propiedad al coso madrileño.

El señor Ramírez Bernal, en su libro *Los grandes sucesos de la vida taurómaca de Lagartijo*, al referirse á dicha corrida, escribió:

«Ganado hecho, muy ágil y fuerte, de pies,

»Diferencia y no corta había entre los Palhas y los de Anastasio Martín, lidiados el domingo último.

»Si las condiciones hubieran sido iguales, ¿quién sabe los toros que habrían salido del ruedo por su pie?

»*Dominguín*, que no pudo cuando tomó la alternativa lucir como desea y le conviene, se hizo un cartel en la corrida de los de Anastasio Martín.

inacabables y rigurosos en la lidia, tenía muchísimo que roer y solo el valor de ambos espadas (a), unido á sus conocimientos, pudo acabar la corrida sin desgracia alguna. Rafael bregó como un desesperado y Juan Molina, cual si fuese de acero, llevó el peso material de la lidia, estando atento á todo, corriendo, parando y auxiliando á los banderilleros y matadores.

»La diferencia de toros nobles y parados á toros duros de canillas y en actividad constante dió idea á un público novel de lo que antiguamente eran los toros colmenareños, manchegos y castellanos viejos, tan frecuentemente lidiados en Madrid y tan temidos hoy.

(a) *Lagartijo y Frascuelo.*

»Valiente en quites, con habilidad en la mano izquierda y un corazón que no le cabe en el pecho, y entrando á matar con arrojo temerario.

»Este es *Dominguín*.

»Ávido de aplausos y aficionado de verdad, Domingo está en condiciones de llegar adonde quiera, si no se envanece ó le marea el sahumero de la admiración prodigado por amigos tontos y *mangones* de oficio.

»En su primer toro, que era el tercero de la tarde, toreó sobre corto y con guapeza, oyendo palmas y olés por su trabajo.

»El toro era noble, pero hocicaba; y *Dominguín*, que no vió al principio esta faena del animal, le ayudó con al-

»Juan Molina acreditóse aquella tarde de peón privilegiado, cuya sagacidad y poderío de piernas no tenían rivales.

»La corrida concluyó en bien porque Juan estaba como Dios: en todas partes (a).

(a) Obra citada, pág. 228.

gún pase bajo, viéndose obligado á enmendar enseguida.

»En cuanto le dejó colocar el toro, Domingo arrancó á volapié, sin atender en su guapeza más que á asegurar la estocada, que fué soberbia, y no á la salida.

»Y como no ayudó con la muleta, sino que se la llevó al cuerpo, el animal hizo por el matador, y alcanzándole por la pechera le volteó y, viéndole ya en el suelo, le metió la cabeza varias veces.

»Acudió Juan Molina al peligro, y *Pataterillo* y Guerra, y Antolín, y todos.

»Juan, que siempre llega á tiempo, no por facultades, sino porque se pasan varias corridas en que nadie sabe colocarse en su puesto más que Juan, condición importantísima para la lidia.

»Viendo Juan la insistencia del toro en buscar el bulto que tenía á sus pies, asió la cola de la res, y en una de las vueltas fué derribado también y quedó, sin soltar el rabo, debajo del toro.

» *Dominguín*, que se levantó ileso, quiso arrojarse á los cuernos para salvar á Juan, que por lo mismo se veía en aquel trance.

» ¡Hermoso espectáculo que enloqueció á la concurrencia!

» Pues ese pueblo de corazón tan grande es el de la afición taurina.

» *Dominguín* descabelló al segundo intento.

» La ovación á los dos valientes fué indescriptible: hubo quien sentía humedecerse sus ojos.

.....
» *Dominguín*, en su segundo toro, incurrió en lo mismo, de torear del revés al animal, que humillaba.

» Pero estrechándose y con mucha valentía toreó ayudado por Juan, y dejó un volapié algo tendido, entrando y saliendo bien, y descabelló al primer golpe» (1).

(1) *Sentimientos*: Juicio crítico publicado en el número 106, año III, de *Sol y Sombra*.

El recuerdo de las emociones experimentadas en esa corrida permanecerá indeleble á pesar del tiempo que transcurra, en la mente de cuantos hubimos de presenciarla.

El 24 de Septiembre de 1899 volvió á torear en Madrid la corrida en que el *Algabeño* otorgó la alternativa al diestro Ricardo Torres, *Bombita chico*, hoy uno de los *ases* de la baraja taurina.

El ganado que se lidió procedía de la vacada de Veragua.

«*Dominguín*... no parecía el mismo que hemos visto otra vez en esta plaza.

»En quites quedó bien; pareando fué el número uno, y toreando de capa, aunque embarullado y perdiendo terreno, demostró valentía. Pero con la muleta y el estoque nada hizo de provecho.

»Ni el segundo ni el quinto toro que le correspondieron, tenían grandes dificultades para la muerte: el segundo de la tarde era manso en el último tercio y

se *najaba*; pero los recursos de los diestros son para los bueyes más que para los toros que entran y salen, y cuando no se puede dar muerte lucida á un toro de tales condiciones, ni se sabe pararle, se le mata pronto ya que no bien, valiéndose de un bajonazo andando ó al revuelo de un capote, ó como se pueda.

»Pero nada de esto hubiera sido necesario con más habilidad en el matador, puesto que el toro le dejó colocar varias veces, y si no lo logró *Dominguín* fué por cuartearse.

»Y lo mismo ocurrió con el quinto, que no tenía sino que se tapaba algo, y las tendencias generales de buey.

»Ha descubierto últimamente el apreciable matador madrileño un vicio singularísimo de balancearse y doblar las piernas cuando se dispone á arrancarse para matar, y es vicio feo de veras y que no puede explicarse á qué obedece ni qué ventajas trae para entrar á matar.

»Corrijalo, si quiere, *Dominguín*, que

es de mal efecto, y no se duerma por otra parte en sus laureles, que en el toreo se pierde cartel con más facilidad que se gana» (1).

Tomó parte Domingo en una corrida, sustituyendo á Emilio Torres, *Bombita*, convaleciente á la sazón de una grave cornada que recibió toreando en la plaza de Barcelona el 24 de Junio anterior.

Volvió á torear, por igual motivo, en Madrid el 8 de Octubre, alternando con Fuentes y el *Algabeño* en la 16.^a y última corrida de aquel abono.

«*Dominguín* toreó de capa clavando los piés y empapando y vaciando á ley.

»En la muerte de su primer toro, nada hizo: en la de su segundo, toreó sobre corto y dió el volapié de la tarde;

(1) *Sentimientos*: Juicio crítico publicado en el núm. 129—año III—del semanario *Sol y Sombra*.

en su par de banderillas al sexto toro, llegó bien» (1).

Hizo una buena campaña por provincias durante el citado año, y en general se advirtió algún progreso en su labor, que prometía para plazo, quizás no remoto, un matador de condiciones muy apreciables.

Las simpatías aumentaban para el diestro madrileño y—si no en el grado en que sus amigos y *jaleadores* querían hacérsle valer—alcanzó cierto renombre en todas partes, debido á su habilidad—que no era mucha—y á su valor excesivo á veces.

Es evidente que apenas la desgracia dió tiempo á *Dominguín* para desarrollar sus facultades y aficiones, en demostración de lo que pudiera ser algún día, y por eso no es fácil juzgar su labor, que casi no pasó de los preliminares.

Cinco años de novillero—1893 á 1898

(1) *Sentimientos*: Juicio crítico publicado en el núm. 131, año III, de *Sol y Sombra*.

—y dos de matador con alternativa— 1898 á 1900—no son bastantes para poder apreciar, sin temor á incurrir en inexactitudes, el trabajo de un diestro, cuando éste, como le ocurrió á *Dominguín*, no se revela desde luego notabilidad en el arte, de méritos potentes é indiscutibles.

Lo único que puede afirmarse respecto al particular, es que su encumbramiento fué prematuro y que los admiradores del madrileño, llevados de su entusiasmo y con la mejor buena fe, se precipitaron é hicieron que Domingo se precipitase en escalar una altura á la que solo pueden llegar los diestros en condiciones para sostenerse en ella, después de muchos años de práctica y por etapas progresivas, que les afiancen en el concepto de la afición imparcial y justa, mediante sólidas y bien probadas aptitudes.

Dice un refrán que *no por mucho madrugar amanece más temprano*, breve

sentencia popular de oportunísima aplicación al caso que nos ocupa.

Quizás con más calma por parte de unos y otros para esperar que el fruto sazonzase convenientemente, se evitara la tragedia cuyo desarrollo pasamos á describir en el capítulo siguiente, con el cual daremos por terminado este folleto.



IV

La cogida.—Muerte de «Dominguín».—Generosidad del «Algabeño».—Traslación del cadáver á Madrid.—El entierro.—Juicios y comentarios.

El día 7 de Octubre del año 1900, se celebraba en la plaza de Barcelona, recientemente construída, una función de toros con ganado perteneciente á la vacada famosa de D. Eduardo Miura.

Figuraban en calidad de matadores los diestros José García, *el Algabeño*, y Domingo del Campo, *Dominguín*.

«Primer toro. Luce la tristemente célebre divisa verde y negra, se llama *Desertor*, tiene el pelo negro, es meano, está señalado con el núm. 133 y gasta

cuerna algo delantera y un tanto apretada.

»La primera vara la admitió de *Cabeza de Dios* (que con *Moreno* y *Badila* estaba de tanda), estando al quite *Algabeño*, que escuchó aplausos.

»Luego se arrancó el bicho á *Moreno*, y *Dominguín*, que estaba colocado á la izquierda del caballo, creyendo que el toro recargaría, corrió á colocarse á la cola del miureño para esperar que doblara y en forma hacer el quite; pero el bicho, en vez de recargar, se dolió al hierro, y al ir Domingo á hacer el quite se salió suelto el toro, y en su huida encontró al espada, el cual no tuvo tiempo ni de desplegar el capote, siendo enganchado por la región inguinal izquierda, atravesando capote y todo el asta izquierda de *Desertor*, recibiendo el pobre *Dominguín* una terrible cornada.

»El miureño dobló con el infeliz torero en la cabeza, lo zamarreó y arrojó en tierra, en el tercio, frente á la puer-

ta llamada de caballos, y al ir nuevamente á meter la cabeza, á *incapullón*, José se interpuso con el capote y lo impidió, en tanto que varios empleados de la plaza recogían el cuerpo de Domingo casi sin vida.

»Del modo que ha ocurrido la cogida, igual hubiera sucedido con el toro más inofensivo; pero al fin tuvo que ser un bicho de Miura el autor de la catástrofe.

»Desde los primeros momentos corrieron los rumores de que la herida era mortal.

»Hé aquí el

»*Parte facultativo.*—El espada Domingo del Campo, *Dominguín*, ha sufrido una herida penetrante en la región inguinal izquierda, con rotura de la safena, de 17 centímetros de profundidad. Abundante hemorragia. Pronóstico gravísimo.—*Dr. Raventós.*»

.....
«La cogida tuvo lugar á las tres y veinticinco minutos.

»Terminada la corrida, se decía que al infortunado espada le habían sido administrados los Santos Oleos.

»La primera cura la practicaron los doctores Raventós y Castro y los practicantes Trens, Rovellat, Sirvén y Zurbano, auxiliados por el encargado de la enfermería Sr. Massot y Armús.

»A las ocho próximamente llegó en coche el *Algabeño*, y al enterarse de la inmensa gravedad de su compañero, ordenó que inmediatamente se avisara á las primeras eminencias médicas, á fin de que hubiera una junta.

»Esta tuvo lugar poco tiempo después, asistiendo los doctores Cardenal, Esquerdo, Raventós y Castro.

»De la junta escuchó el *Algabeño* que no tenía salvación su desgraciado compañero, pues si de la cornada no muriera, sería precisa la amputación de la pierna y en esta operación se quedaría.

»El pobre *Dominguín* no ha cesado un instante de quejarse horriblemente; parece mentira que Dios tenga designa-

do á las criaturas tan terribles sufrimientos.

»No ha cesado de pedir agua, por creer que se calmaban sus dolores bebiendo.

»Con el último que ha hablado ha sido con *Badila*.

»A cada momento pronunciaba el nombre de sus padres y de sus hermanos.

»Pidió un beso al picador citado, éste se lo dió, y á los ocho minutos de desarrollarse esta escena dejó de existir.

»Eran las diez menos doce minutos.
.....

»Al momento mandó el de La Alga-
ba que por su cuenta se procediera á la
organización del entierro, exigiendo á
todos que no escatimasen absolutamente
nada.

»El lunes por la mañana fué colocado el cadáver en un lujoso féretro» (1).

(1) Juan Franco del Río: Reseña publicada en el número 188, año IV, de *Sol y Sombra*.

Enviaron coronas los hermanos *Bombita*, el empresario Sr. Rodero, *Conejito*, *Pinta*, la cuadrilla del difunto, la empresa de la plaza nueva, *El Arte del Toreo*, la cuadrilla del *Algabeño* y muchas más que no recordamos y cuya enumeración resulta casi imposible.

El martes, á las tres y media de la mañana, quedó embalsamado el cadáver y á las siete en punto fué conducido con gran pompa y en sentida manifestación de duelo á la estación del ferrocarril para ser trasladado á Madrid.

Llevaban las cintas del féretro *Torero*, *Pataterillo*, *Agujetas*, *Rolo*, *Joseito*, *Torres Reina*, *Ratonera*, *Moreno*, *Cirilo*, el mozo de estoques del *Algabeño*, *Alones*, *Sevillano*, *Cerrajillas*, *Zurito* y *Rodas*.

Presidían el duelo D. Alberto Guarnier, *Algabeño*, *Conejito* y *Bombita chico*.

El duelo se despidió en la estación, y á las diez y doce minutos salió el tren correo con dirección á Madrid condu-

ciendo el cadáver, acompañado por el *Algabeño*—que no lo abandonó ni un instante—la cuadrilla de *Dominguín* y varios amigos.

La llegada del fúnebre convoy á Madrid resultó un acontecimiento popular.

Cuanto nos propusiéramos decir, aun exagerando tal vez la nota, resultaría pálido ante la realidad.

El acreditado semanario taurino *Sol y Sombra*, dedicó casi por entero un número á la información gráfica del drama que tuvo fatal desenlace en Barcelona, cuyo relato hemos transcrito anteriormente, y al entierro, verificado en la villa y corte con pompa inusitada.

«Pocas veces—dijo el popular semanario—hemos presenciado manifestaciones de dolor, cariño y simpatía, tan unánimes, espontáneas y numerosas, como la que el pueblo de Madrid tributó el día 10 del corriente al infortunado matador de toros Domingo del Campo, con el triste motivo de la traslación de su cadáver desde la estación de Atocha

al cementerio de la Sacramental de San Lorenzo.

»Compacta muchedumbre invadía los alrededores de la estación y calles del tránsito, pudiendo calcularse en miles de millares las personas que presenciaron el paso del fúnebre cortejo por la extensa carrera señalada al efecto.

»Las coronas dedicadas por los compañeros, aficionados é íntimos de *Dominguín*, cubrían la carroza y ocupaban dos *landeaux*.

»Entre ellas figuraban las de Mazzantini y su cuadrilla, *Lagartijillo*, *Segurita*, *jóvenes madrileños*, padre y hermanos de *Dominguín*, *Saleri* y cuadrilla, *Minuto* y *Noteveas*, Antonio Fuentes, *Bonifa*, *Bonarillo*, Domingo, Tomás é Ignacio Luengo, su amiga Juana, José Tornero, *Algabeño* y su cuadrilla, Empresa de la plaza de Barcelona, los hermanos *Bombita*; *El Arte del toreo*, de Barcelona; Montes, Dionisio, Uriarte, *Villita*, Empresa de la plaza de Zaragoza, *Pepehillo*, Blanco, *Machaquito*, *La-*

gartijo chico, Litri, cuadrilla de Fuentes, Guerrerito, Flaterito, Salamanquino, Valentín, mulilleros Antonio, Pedro y Tomás Pérez, Rocaume y primos, Carlos Alegre, Zauro y Arellano.

»Nosotros, además de la dedicada por *Sol y Sombra*, presentamos, por encargo especial, otra, cuyas cintas ostentaban los colores de la bandera francesa, á nombre de Mr. Jean Diffre, notable pintor y aficionado residente en Toulouse.

»Las cintas del féretro fueron sostenidas por los diestros y aficionados *Maz-zantini, Pepehillo, Morenito, Valentín, Cirilo*, representante de la empresa de Madrid, *Moreno, Heredia, Vázquez, Torerito de Madrid, Cayetanito, Guerrerito, Montes, Bonarillo, Lagartijillo, Corcito, Monedero y Luengo.*

»Presidían el duelo el padre y los hermanos del difunto.

»A las cinco menos cuarto recibió el cadáver cristiana sepultura en una tumba adquirida en propiedad por orden

expresa del difunto, en el patio de la Concepción del cementerio de San Lorenzo» (1).

El día 21 de Octubre se efectuó en Madrid una corrida extraordinaria á beneficio de la familia del desgraciado totero madrileño.

En ella se lidiaron dos toros de Vergara, tres de González Nandín y uno de Conradi, y como espadas figuraron Luis Mazzantini, *Bonarillo*, Fuentes, *Algabeño*, *Pepehillo* y *Lagartijo chico*, quienes cooperaron al acto desinteresadamente en memoria del compañero difunto.

Por acuerdo de la prensa taurina y con objeto de contribuir al beneficio indicado, publicóse aquel mismo día un periódico especial con el título DOMINGUÍN, *suplemento á los periódicos taurinos de Madrid*, y en él se incluyeron, además de la descripción de la corrida, firmada por varios distinguidos escrito-

(1) *Sol y Sombra*, núm. 188, año IV.

res, trabajos muy apreciables, algunos de los que trasladaremos á continuación.

De lo que fué aquella fiesta y del aspecto que ofrecía la plaza, puede juzgar el lector por esta ligera introducción al detalle de la corrida inserta en el citado número:

«Con un lleno total en los tendidos y solamente vacíos algunos palcos, se ordenó el toque del clarín para que se hiciera el paseo.

»Este resulta grandioso, pues figuran más de 40 toreros de á pie, 12 picadores, y de mulilleros van Cirineo, *Fresquito* y *Ostioncito*, matadores y sobresaliente de la cuadrilla de niños madrileños» (1).

La reseña del periódico *Dominguín*, va firmada en este orden:

Primer toro, por *Dulzuras*; segundo,

(1) Como banderilleros, figuraron los matadores de novillos: *Cocherito de Bilbao*, *Cantaritos*, *Alvaradito*, *Salamanquino*, *Esteras* y *Segurita*; también tomaron parte *Pataterillo*, *Joseito* y *Zoca*.

por *Tres...*; tercero, por M. Reinante Hidalgo (*Suavidades*); cuarto, por *don Cándido*; quinto, por *Achares*, y sexto, por Leopoldo Vázquez; el resumen está suscripto por *El Tío Campanita*.

Nuestro compañero Serrano García Vao sintetizó en esta forma la labor de *Dominguín*:

«Siempre ha estado la afición madrileña deseando tener un matador de toros, y cada uno que ha salido con algunas condiciones ha parecido ser el Mesías esperado en vano durante muchos lustros.

»Salió Domingo del Campo, apuntando maneras y un innegable valor delante de los toros, haciendo, por tanto, concebir esperanzas que no dejaban de fundamentarse en algo que se salía de lo vulgar.

»Desde la segunda vez que mató en Madrid, que fué el 8 de Diciembre de 1895, se vió que no sería de los del montón, y siguió su triunfante carrera, poniéndose á la cabeza de los noville-

ros, toreando con todos y en todas las plazas hasta el día 28 de Octubre de 1898, en que tomó la alternativa en Madrid de manos de Rafael Bejarano, *Torerito*, en una corrida de beneficencia.

»Fué contratado para algunas corridas en el abono de 1899, y en alguna de ellas logró estar superior, no haciendo mal papel, á pesar de alternar con los mejores de la clase.

»El año 1900 fué un año en que se propuso subir, y lo consiguió á fuerza de vergüenza y amor propio, llegando á torear, sin entrar en el abono de Madrid, más de 30 corridas, y todo hacía esperar que su pundonor le llevaría á colocarse á la altura de los principales en el año siguiente» (1).

Las esperanzas de *Dulzuras*, como las de cuantos vieron en *Dominguín* una futura gloria del toreo, quedaron desvanecidas brusca y fatalmente por la

(1) *Almanaque de «El Tío Jindama»* para 1903, pág. 109.

catástrofe del 7 de Octubre en Barcelona.

El número especial de DOMINGUÍN, ya citado, fué una especie de corona tejida por los más conocidos escritores taurinos y dedicada á la memoria del infortunado matador madrileño.

De ella entresacamos al azar algunas flores, para ofrecerlas al lector, ya que ni el espacio, ni la índole de nuestro trabajo, consienten recopilarlas todas; pero conste que no hacemos distinciones, ni sentimos preferencias, que resultarían pueriles y enojosas.

Abre el número Leopoldo Vázquez, explicando de este modo el origen y objeto de la publicación:

«Con indisoluble lazo marchan siempre unidas la Fe, la Esperanza y la Caridad.

»De esta verdad incontrovertible se presentan infinitas pruebas á cada paso, á cada momento.

»*Dominguín*, el animoso y valiente torero madrileño, con fe grandísima en

el porvenir, se lanzó á la arriesgada profesión de lidiar reses bravas; y cuando vislumbraba en lontananza ver realizada la Esperanza risueña de un seguro bienestar para sí y su amantísima familia, un toro de Miura, llamado *Desertor*, siega de pronto aquella Fe profunda y aquella Esperanza para que surgiera hermosa, grande, inmensa, la Caridad, acompañada de la idea de engrandecer y de honrar la memoria del que caminaba sin vacilaciones por el áspero sendero de la vida con plétora de Fe y de Esperanza.

»Y esta idea de engrandecer y honrar la memoria de quien, como Domingo del Campo, *Dominguín*, con Fe y Esperanza inmensas, buscaba un porvenir para sí y su familia, acompañada de la Caridad que germina en todas las almas, es la que ha unido con entusiasmo á la prensa taurina madrileña, á la que presta su valiosísimo concurso la prensa diaria para publicar este número, único suplemento á todos los periódicos

de la corte que de toros se ocupan, destinando los productos líquidos de su venta á que sirvan para aumentar el resultado que se obtenga con la corrida de toros organizada á beneficio de la familia del infortunado torero.

»Y este número, suplemento de *El Toreo*, *El Tío Jindama*, *La lidia*, *El Toreo Cómico*, *El Enano*, *Sol y Sombra* y *Heraldo Taurino*, ¿qué título ha de llevar mejor que el de DOMINGUÍN, que á más de encarnar el recuerdo al matador, da una clarísima idea de su objeto y de sus fines?

»Y todos cuantos colaboran en él esperan que el público, tanto de Madrid como de provincias, ha de responder á los propósitos objeto del suplemento».

Bajo el título: ¡*Desdichados!* escribió Pascual Millán estas líneas:

«Pasa la carretela que conduce los diestros al circo: van sonrientes los toreros, devolviendo saludos que por doquier les dirigen; los alamares de sus lujosas chaquetillas besa el sol; aquellos

valientes, que van á jugarse la vida por enviar socorros á los padres de un infortunado compañero, llevan la alegría en el rostro y el heroísmo en el corazón; una interminable fila de gente acude al camino á verlos pasar. Son las grandes figuras de aquel día. Junto á ellos, y en dirección á la plaza, marchan los artistas que obtuvieron medallas de honor en el gran Certamen de París, los premiados de las exposiciones madrileñas, los literatos cuyas obras «pasan las fronteras», los autores dramáticos de más nombre, los escritores de más ingenio, los diputados que conmueven al Parlamento con sus discursos, los políticos de talla, los magistrados, los ingenieros, la banca, el comercio, todo lo que algo vale en nuestro país y fuera de él.

»Y allá, por las sombrías calles, como topos á quienes ofende la luz, sintiéndose indignos de figurar en aquel hermoso cuadro, huyen los analfabetos, los taurófobos, los que desconociendo

nuestra historia, nuestras costumbres y nuestras leyendas, maldicen las corridas de toros.

»Y el espíritu nacional, cerniéndose en los aires, lanza al verlos una tremenda carcajada».

El eruditísimo y brillante autor de *El espectáculo más nacional*, señor Conde de las Navas, colaboró á la benéfica obra con este hermoso artículo, réplica elocuente á las gratuitas afirmaciones con que *Le Figaro*, de París, combatió las corridas de toros, aprovechando la trágica muerte del infortunado *Dominguín*:

«*Le Figaro*, con motivo de la desastrosa muerte de *Dominguín*, sin aportar á la polémica de siempre ningún argumento nuevo, á vuelta de varias inexactitudes de mucho bulto, reproduce los gastados tópicos para hacer responsable al *espectáculo más nacional* de nuestro atraso.

»Los franceses, con poquísimas excepciones, que confirman la regla gene-

ral, no acaban, no quieren enterarse de las *cosas de España*.

»Verdad es que muchísimos de los *progresistas* de por acá, que corean las tonterías del vecino, ignoran la historia propia y la ajena, y ven al revés lo que ocurre en casa y fuera de ella.

Si en todas partes cuecen habas, ¿por qué las españolas han de parecernos del tamaño de las berengenas?

»Como el pueblo de Madrid por *Dominguín*, el de Londres demostró gran duelo á la muerte de un *jockey* famoso. El *Punch* representaba el entierro del héroe popular en una gran lámina. En ella, cuando pasa la comitiva junto á la estatua ecuestre de lord Wellington, éste se apea, y descendiendo del pedestal se descubre ante el féretro.

»Todo cuanto pudiera ocurrírseme ahora como explicación de las extraordinarias muestras de sentimiento del pueblo de Madrid en el entierro del torero, su paisano y amigo, ya lo dijo

oportunamente en letras de molde don José Fernández Bremón.

»Puede ser también que los madrileños de los barrios bajos llorasen, sin proponérselo, en el entierro de *Dominguín*, la honda crisis porque atraviesa su diversión favorita, que en estos días amenaza *suicidarse*.

»De todas suertes, no estará demás recordar á *Le Figaro* y á sus coristas de por acá, que el pueblo que lloraba al *jockey* es el mismo que hoy celebra—con la condescendencia de Francia y de las naciones más civilizadas—el *épico y noble triunfo* alcanzado sobre los boers: y el que se desbordó en el entierro de *Dominguín* es hijo, por lo menos, del que supo defender nuestra independencia el 2 de Mayo.

»De este pueblo tan atrasado, tan totero, salen soldados como el de *Casorro*, que recogen del suelo las astillas del lanzón de D. Quijote, mientras que la mayoría de nuestros *regeneradores* se ocupan en remendar la albarda de

Sancho ó de su pollino, para seguir á gusto en el machito.»

Guillén Sotelo, el concienzudo escritor taurino y aficionado inteligente, dió en el número de referencia esta nota de firme colorido y entonación vigorosa, rotulada: *Dominguín en la calle*.

«Era una de las últimas típicas figuras. Sin ser de la *tierra baja*, cuidaba más que la mayoría de los de por allá la indumentaria del torero, que como sostiene mi amigo Pascual Millán, debe ser distinta á la de los barítonos de zarzuela y los corredores de granos, que no otra cosa semejan esos toreros *elegantes* que, al ascender á *señoritos*, resultan, á *nativitate*, señoritos cursis.

»*Dominguín*, como *Guerrita*, vistió siempre de corto; y ya en invierno el fuerte zamarrón de terciopelo enguataado, ya en verano la airosa chaquetilla de tela clarísima, no se le vieron, ni americanas cruzadas, ni trajes de corte inglés. *Dominguín* vestía como lo que era, como un torero, con una verdade-

ra incrustación de brillantes sobre su persona.

»Allí, á la ventana de la izquierda del café de Levante, se le hallaba siempre cuando sus compromisos no le tenían lejos de la corte. Madrileño neto, quería á su Madrid casi tanto como á su madre.

»Ha sido el último torero que en el Viernes Santo ha conservado la tradición del calañé, la faja multicolor y el traje corto negro, que fué prez y orgullo del *Tato*, *Currito*, *Frascuero* y *Cara-ancha*. Lo último que quedaba de un pasado en que los toreros tenían un sello típico, unas costumbres especiales, distintas de las otras clases sociales, y no se mezclaban como hoy sus figuras entre la inmensa masa gris de los trajes modernos, pudiendo confundirse fácilmente con curas castrenses macarenos ó con acaparadores de verduras.

»*Dominguín* constituía una nota del Madrid actual; aquello pasó; hoy solo queda de él un recuerdo de tragedia».

D. *Hermógenes*, autor de este folleto, sintetizó en las siguientes líneas la impresión que le produjo el desastre de Barcelona:

«*¡Era de los toros!*—exclaman hoy los que ayer halagaron su amor propio, haciéndole creer que poseía condiciones para rivalizar con los maestros del arte.

»*¡Era de los toros!* ... ¡Qué tremenda responsabilidad cae sobre los que prematuramente lo *jalearon*, excitando su arrojo y obligándole á suplir con excesos del pundonor, deficiencias de conocimiento!

»*¡Era de los toros!* ... ¡Qué lección para esos muchachos que empiezan á lidiar reses bravas, fiados en su extrema valentía y los favores de la Providencia, pero que carecen de todo recurso artístico para evitar, en lo posible, desgracias como la que hoy todos lloramos!...

»*¡Era de los toros!* ... ¡Quiera Dios que sea el último diestro víctima de su

vocación... y de los consejeros interesados!

» ¡Pobre *Dominguín!*—Yo, que no figuré entre los que se llamaban sus admiradores, lamento, como el que más, la pérdida de un hombre joven, modesto y arrojado, que en la flor de la vida cae destrozado por el golpe funesto de la fortuna adversa.

» ¡Paz á tu alma y perdón para los responsables de tu muerte!»

El popular escritor Angel Caamaño, *El Barquero*, dió una nota simpática de hondo sentimiento en la composición que transcribimos, titulada: *¡Pobre!*

«En la reducida estancia
de un miserable aposento,
y ante una piadosa imagen
de la Virgen del Remedio,
arrodillada una anciana
se encuentra. Blanco el cabello,
huesudas las secas manos
y rugosa la faz, cierto
respeto impone la anciana
que, con dolorido acento,
exclama mirando atenta
á la madre del Eterno:
— ¡Virgen santa! ¡Madre mía!
Tú, que eres todo consuelo;

tú, que de todas las madres
oyes los sentidos ruegos,
escucha mi voz doliente,
no desoigas mis lamentos,
y concédele á otra madre
lo que te pide, vertiendo
llanto que sale del alma
repleta de sentimiento.
Mira, Señora, esta choza;
contempla á esos pequeñuelos;
observa que la tristeza
tiende aquí sus velos negros;
duélete de mis achaques,
y ve que inclemente el tiempo
ha cubierto mi cabeza
con la nieve del invierno.
¡Madre del Verbo Divino!
¡Reina y Señora del Cielo!
Esta choza; estos pedazos
de mi corazón; el lecho
en que duermo; el pan que como...
¡Todo á él se lo debemos!
¡A mi hijo! ¡Al que ahora mismo,
si le falta tu consuelo,
quizá una fiera destroza
entre sus agudos cuernos!...
¡Madre del Amor Hermoso!
¡Ampárale! Te lo ruego
como rogamos las madres;
por los pedazos más tiernos
del corazón. ¡Es mi hijo!
¡Es el báculo que tengo
en mi vejez, Reina y Madre!
Si yo con mi sangre puedo
asegurar su existencia,
ábrase al punto mi pecho,
y mi vida miserable

termine... Pero él... ¡no quiero!
¡Es mi hijo! ¡Es mi alma toda!
¡Es mi vida! ¡Es mi consuelo!...

.....
Rumor de voces y gritos
penetra en el aposento,
y la anciana en pie de un salto
se pone. Presentimientos
horribles la asaltan. Mira
á la calle. La ve el pueblo,
y oye decir:—Es la madre
del desgraciado torero...

.....
—¿Desgraciado?... ¿Qué?... ¿Y mi hijo?
Vosotros, sus compañeros,
¡mi hijo!... ¿Dónde está?... ¡Cómo!
¡Hijo de mi vida!... ¡¡Muerto!!

.....
De la anciana se estremece
violentamente su cuerpo.
Echa una torva mirada
á la Virgen del Remedío.
Ríe, canta, llora, grita,
de golpe se viene al suelo,
y lanza una carcajada
que reproducen los ecos...»

Con el título de: *El mayor desinterés*, el famoso escritor, ya difunto, Angel R. Chaves, honra y prez de la castellana literatura, cantó en brillantes estrofas los filantrópicos sentimientos de la torería:

«No quieren ver los necios adversarios

de la taurina fiesta,
que son en ella escasos los horrores
y muchas las bellezas.

—
Una vez sola al cabo de los años
ensangrienta la arena
de una víctima, siempre muy llorada,
la roja sangre de las rotas venas.

—
En cambio á todas horas ver podemos,
en tardes como esta,
que en arrostrar por caridad la muerte
jamás dudó la gente de coleta.»

Serrano García Vao describió en esta forma la cogida del infortunado torero madrileño:

«RECUERDOS

Cielo claro, tarde hermosa,
concurcencia numerosa,
entusiasmo, algarabía,
y en el público alegría
por todas partes rebosa.

Hace el paseo la gente;
el matador, sonriente,
después que á la presidencia,
saluda á la concurrencia
y se prepara valiente.

Sale la pujante fiera,
derriba un caballo, ruge,
se vuelve y en la carrera
al matador, con empuje,
le da cornada certera.

Y se trueca la alegría
algunas horas después,

en un muerto, á cuyos pies
lloran en la enfermería.
¡Solo tristeza allí ves!

.....
Se hace el entierro; este día
no hay bulla ni algarabía,
ni está claro; un nubarrón,
como fúnebre crespón,
al cielo quita alegría.

Una hueste numerosa,
contristada y silenciosa,
al torero malogrado
acompaña hasta la fosa.
¡¡Dios le haya perdonado!!»

¿A qué continuar?

Fuera prolija tarea la de reproducir uno por uno los delicados y muy sentidos pensamientos que brillantan el número de DOMINGUÍN.

Querer trasladar aquí los mejores, valdría tanto como transcribirlos todos, y eso no cabe dentro de las dimensiones de este folleto (1).

(1) Y aún nos hemos extendido quizás demasiado en la reproducción de artículos y poesías, llevados por nuestro constante afán de prestar algún interés histórico y documental á estos trabajillos.

Como se trata del *número único* de una pu-

Firman los demás notabilísimos trabajos en verso y prosa que integran el extraordinario DOMINGUÍN, escritores tan conocidos y renombrados como Enrique Trompeta, E. Braña, Luis Carmena y Millán, M. Reinante Hidalgo, Juan Jiménez, José Colomer, José G. Elipe, Bañoles, David Pardo Gil, M. Acedo, *Varetazo*, José Sánchez Navarro, *Paquillo*, Ramón Pellico, Vicente Casanova, Eduardo Rorón, *Caireles*, Mariano del Todo y Herrero, Juan Villaseñor, José Pérez Asuar, Alejandro Espí y el matador de toros José García, *Algabeño*, quien dedicó á su desgraciado compañero estas sentidas frases:

«Siempre he vestido el traje de luces

blicación relativamente de poca tirada, es más que probable que muchos aficionados no tuvieran ocasión de conocerla, y por eso nosotros procuramos aquí hacer que los lectores formen idea de lo que fué aquel periódico *de un día* y juzguen con bastante conocimiento de causa el mérito de la labor en él contenida.

con orgullo, pero nunca como hoy, que sé que hago una obra de caridad.

»Aplaudo á todo el que haga lo mismo».

En todos esos trabajos domina el cariño y la simpatía más ó menos intensas de los autores hacia el diestro madrileño; en todos se ensalzan las innegables dotes de valor que le caracterizaban, pero nada se dice referente á sus cualidades de torero. Nadie emitió juicio póstumo sobre punto tan interesante para la historia de *Dominguín*.

Y es que nuestro biografiado apenas tuvo tiempo de revelar con escasa amplitud sus aptitudes: cinco años de novillero y dos con alternativa, no son suficientes para poder juzgar el trabajo de un torero, y menos cuando éste no logra desde el primer día imponerse y sobresalir por méritos universalmente reconocidos y aquilatados.

Fué una esperanza, desvanecida á poco de nacer por el airado golpe de fortuna adversa.

El toro *Desertor* vino á truncar en un momento cuantas ilusiones hicieran concebir á los aficionados el valor y la afición que caracterizaban el toreo de *Dominguín*.

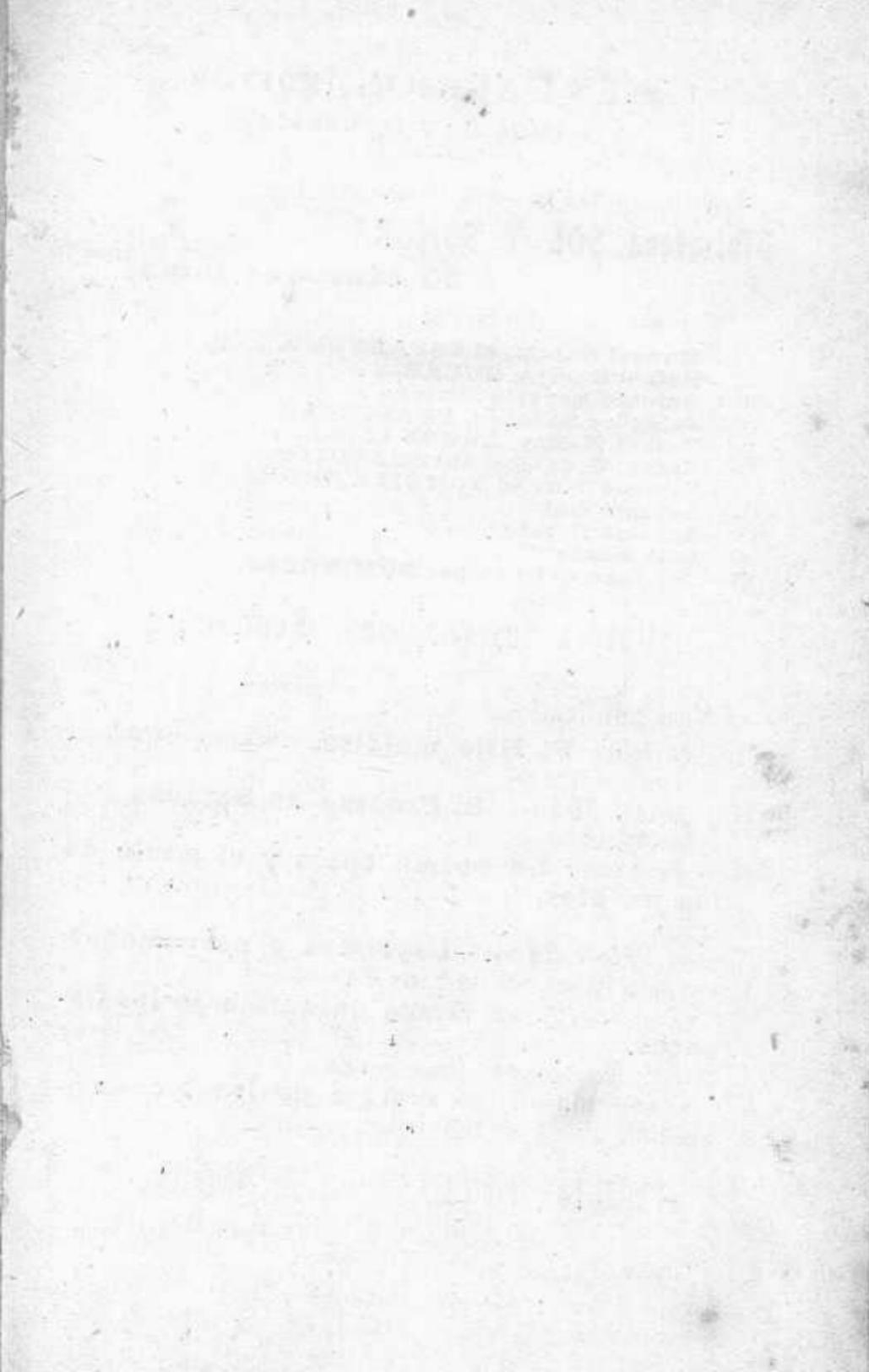
La Historia, al relatar los sucesos de su breve existencia taurina, pudiera hacerlo en esta forma sintética y exacta:

«*Dominguín* fué un torero valiente y pundonoroso; una grata promesa que no tuvo tiempo para cumplirse; un libro en blanco, cuyas páginas desgarró el toro *Desertor*, de Miura, antes de que en ellas pudiera nadie trazar juicio definitivo sobre los méritos del desgraciado espada».



ÍNDICE

	Páginas
I.—Los toreros madrileños.....	5
II.— <i>Dominguín</i> , novillero... ..	17
III.— <i>Dominguín</i> , matador de toros... ..	33
IV.—La cogida.— Muerte de <i>Dominguín</i> .—Generosidad del <i>Algabernón</i> .—Traslación del cadáver á Madrid.—El entierro.—Juicios y comentarios.....	49



GINÉS CARRIÓN, EDITOR

VERÓNICA, 13 Y 15, MADRID

Publicaciones de esta casa:

Biblioteca SOL Y SOMBRA

á 50 céntimos tomo.

Volúmenes publicados:

- I.—Manuel García, el **ESPARTERO**.
- II.—Rafael Guerra, **GUERRITA**.
- III.—Antonio Reverte Jiménez.
- IV.—Salvador Sánchez, **FRASCUELO**.
- V.—Rafael Molina, **LAGARTIJO**.
- VI.—Rafael González, **MACHAQUITO**.
- VII.—Ricardo Torres, **BOMBITA CHICO**.
- VIII.—Antonio Montes
- IX.—Antonio Fuentes.
- X.—Luis Mazzantini
- XI.—Domingo del Campo, **DOMINGUIN**.

Biblioteca Internacional Económica

Á PESETA EL TOMO

Van publicados:

- I.—Balzac: **El Hijo maldito**, versión española de Luis Falcato.
- II.—Martí Miquel: **El Proceso de Satanás**, novela original.
- III.—Voltaire: **La poesía épica y el gusto de los pueblos**, traducción de E. Barriobero Herrán.
- IV.—A. Herculano.—**Leyendas y narraciones**, versión española de Luis Falcato.
- V y VI.—Suetonius: **Roma galante bajo los Césares**, primera versión del latín al castellano por E. Barriobero (dos tomos).
- VII.—Gourmand: **El secreto de las olas**, versión española de Sarah Lorenzana.

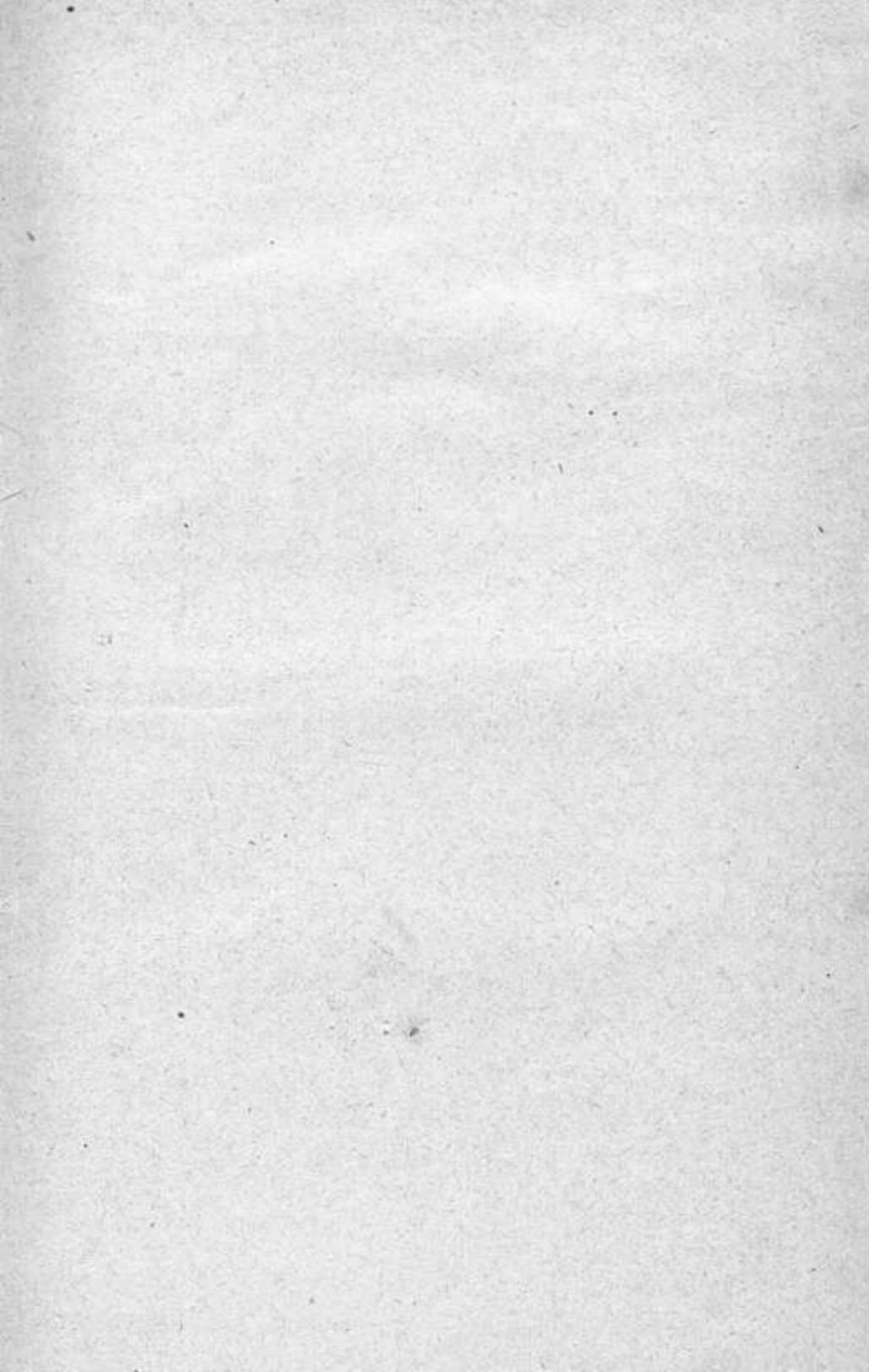
TARJETAS POSTALES "SOL Y SOMBRA,"

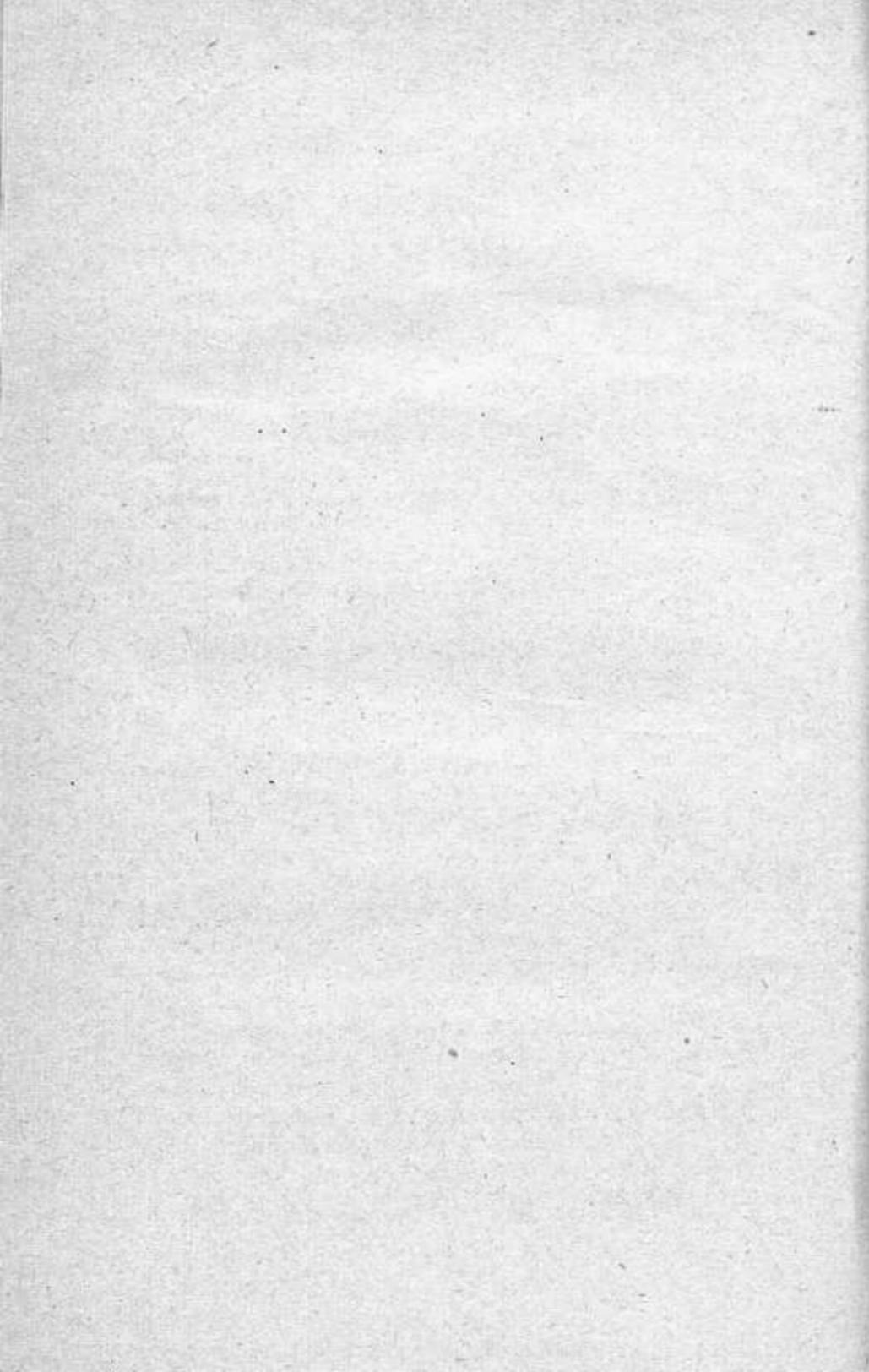
Á 5 CÉNTIMOS CADA UNA

En venta:

Primera serie: *Suertes del toreo*.

Segunda id.: *Retratos de matadores*.









MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

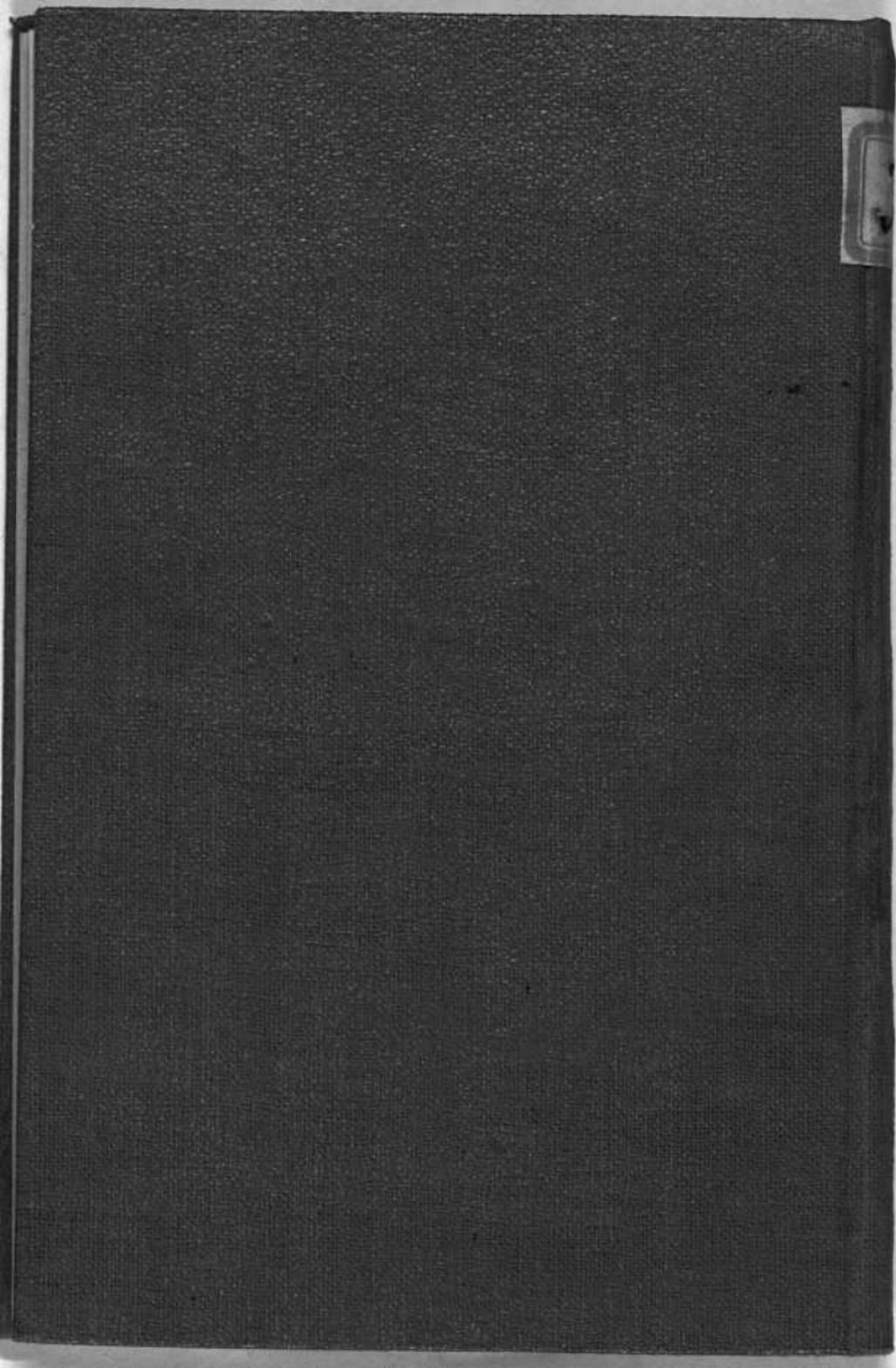
Pesetas

Número. 303 | Precio de la obra

Estante . 1 | Precio de adquisición

Tabla . . . 7 | Valoración actual

Número de tomos.



303.